

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N.30-OCTUBRE 2022

“NO OFENDAN
MÁS A DIOS
NUESTRO SEÑOR
QUE YA ESTÁ
MUY OFENDIDO”.

(Sexta Aparición de Nuestra Señora)

“...más te amo Yo a ti”.

ALMA MARIANA

“Ella está siempre presente
en mi vida”.

TESTIGOS DE LA INMACULADA

“...mirar a Cristo con
los ojos de María”.

REINADO DE CRISTO





Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 30
Octubre 2022


El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)


Ad Iesum per Mariam.

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaDaRM

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

La Corredención (II)



07

ALMA MARIANA

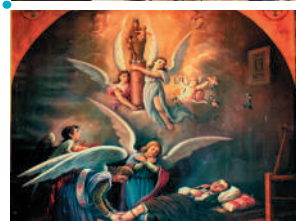
«...más te amo Yo a ti»



08

VICTORIAS DE MARÍA

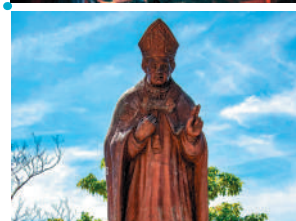
El cojo de Calanda



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

«Ella está siempre presente en mi vida...»



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la salvación de las almas



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Conságrate a María



16

REINADO DE CRISTO

... mirar a Cristo con los ojos de María



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

«¡Señor mío y Dios mío!»



Nuestra Señora

DEL ENCUENTRO CON DIOS...

... **U**n encuentro que es Presencia viva, maternal y divina.

Toda la vida de María, su razón de ver, su lugar en el pensamiento de Dios y en la historia, su misión, su destino, todo lo que es María nace de una Presencia: La presencia de Dios en María y de María en Dios.

Ella está presente en el pensamiento de Dios, en su amor, en su vida divina, en su Corazón. Y la Virgen María contagia esa presencia y nos lleva al Encuentro con Dios, al Encuentro con su Presencia, es decir, su Amor de Padre, en el Hijo Misericordioso, en el Espíritu Santo. La presencia de Dios en Ella, la hace nuestra.

Vivir consagrados a María es insertarnos en la espiritualidad de la Presencia y de la Interioridad. El Yo de María en el Yo de Dios. Mi yo, en el Yo de María, en el Yo de Dios.

Es decir: ya no vivo yo, es María quien vive en mí. Como Ella vive solo en Dios, así la Virgen propicia que nosotros vivamos también en Dios, pendientes de su Voluntad divina.

El Encuentro al que nos lleva María es el Encuentro con una Presencia que será la atmósfera de Nuestra Vida. Con Ella, por medio de Ella, en el «medio» que es María, la corriente sanguínea divina nos inundará.

El cristiano, el discípulo de Jesús, acoge a María como algo muy íntimo, muy propio, y la introduce en todo el espacio de su vida interior (cf. Juan Pablo II, RM 45). Más aún, María Santísima, inundando nuestro interior, desde nosotros, es Encuentro con Dios para otras almas. Somos mediadores en la Mediadora.

Cuando el P. Molina propone al Reinado de María esta devoción basilar, central, fundante, nos está proponiendo una devoción que es la auténtica, que es la única.

En Caná y en el Calvario, San Juan Evangelista, ¡el mismo Espíritu Santo en el Evangelista!, determina esta «esencia» de María: María «está». Stabat, un pretérito perfecto que indica una acción que nació para nunca más morir. Estar presente, llenarlo todo de la fragancia de su presencia materna, lo propio de Dios, para nunca dejar de estar. Siempre esta-

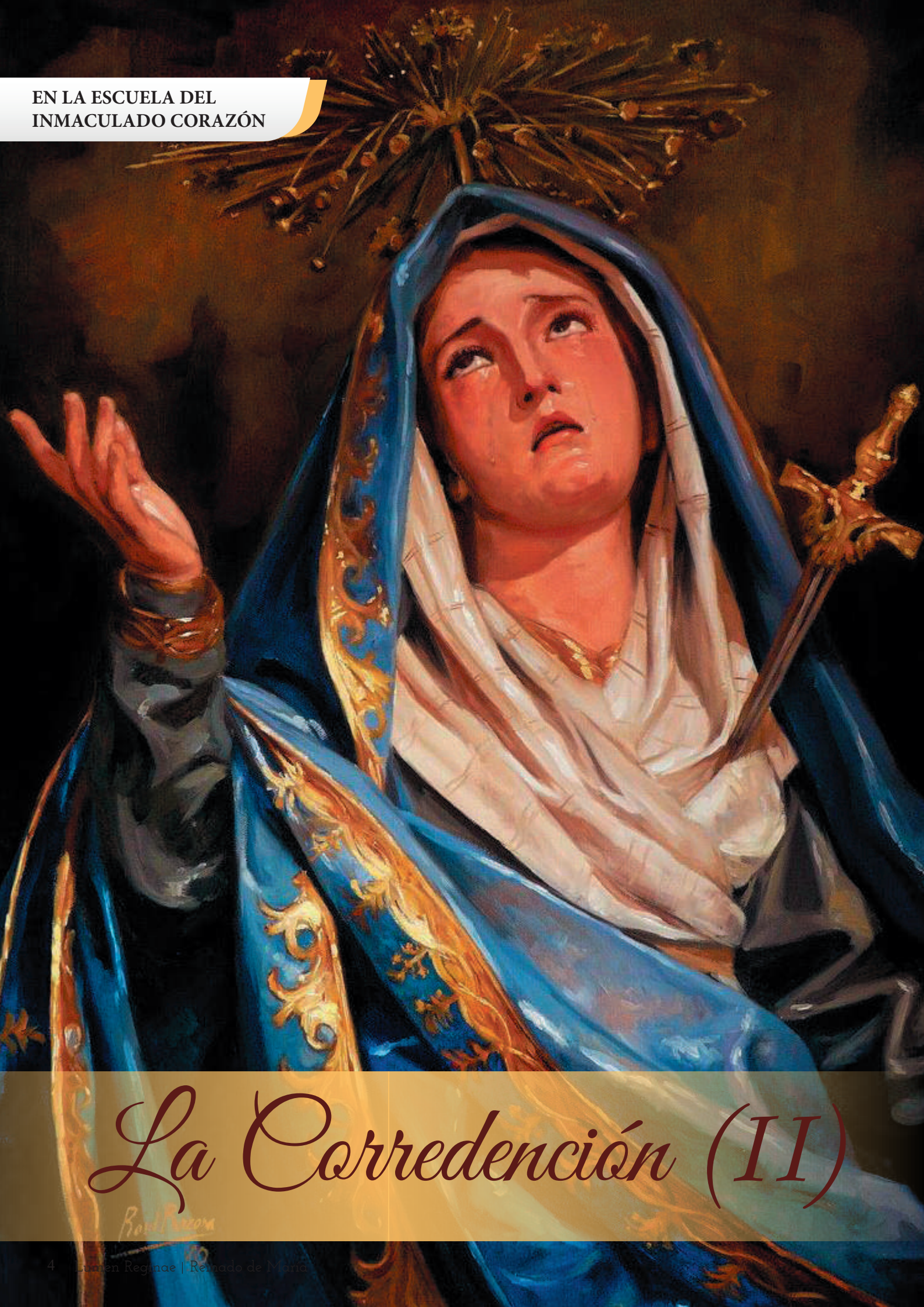
rá, siempre obrará así. Madre total, Madre eterna.

Al acoger a la Santísima Virgen María, Madre tierna, clemente, compasiva, siempre buena, nos sumergimos en su Corazón que es el espacio de la Presencia de Dios. Dios se hace Presente a nosotros de modo no engañoso, de imposible falsificación.

¡Gracias, Dios mío, por Nuestra Señora del Encuentro con Dios!



EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN



La Corredención (II)

Rodríguez

La Madre Dolorosa

En el Calvario estaba la Madre de Jesucristo, ofreciendo a Dios aquel Hijo que le pertenecía; aquel cuerpo y aquella sangre que Ella había dado a su Hijo; estaba ofreciendo a Dios sus sufrimientos unidos a los de su Hijo y redimiendo al mundo con Él, mereciéndonos con Él las gracias de la salvación. Era la Corredentora.

Constantemente unida a su Hijo, recogiendo sus enseñanzas y sus ejemplos, meditando en su Corazón y acomodando a ellos su vida, Ella hizo todas las cosas en perfecto acuerdo con la Voluntad divina. El *fiat* fue una disposición constante de su alma durante toda su vida.

Jesucristo redimió a los hombres con el sufrimiento y la muerte. Su Madre cooperó a la redención muriendo a Sí misma con el sufrimiento.

Las vidas del Hijo y de la Madre se deslizan paralelas por el mismo camino de dolor y de humillación.

Por el camino del Calvario van juntos también el Hijo y la Madre. Él, con una cruz pesada sobre los hombros. Ella, con otra cruz abrumadora sobre el Corazón.

En el monte Calvario el Hijo ofrece el sacrificio de su vida. La Madre ofrece el sacrificio de su Corazón.

Semejantes los padecimientos del Hijo y de la Madre; y semejantes los frutos que recogen.

Por la cooperación de María a la obra de nuestra redención, realizada por Cristo en el Calvario, conquistó nuestra Madre bendita el título gloriosísimo de *Corredentora de la humanidad*.

Quiso el Señor que fuese una *cooperación eficaz* que terminase en la misma Redención: empezó con su *hágase* en la Encarnación y se coronó en el *consummatum* de su Hijo en la Cruz redentora.

No hay detalle del gran drama que pase inadvertido a la dolorosa lucidez de la Virgen Madre. Tiene ante sus ojos al verdadero Cordero Pascual que se inmola y Ella, con Él, por los pecados del mundo. Para eso subió al monte santo en el momento crítico; subió nada más que para asociarse a aquel genuino sacrificio, manantial fecundo y faro esplendoroso, únicos capaces de apagar la sed de las almas que buscan la verdad.

San Buenaventura, en su homilía VI, pasmado de tanta pena, escribe: «*Al pie de la Cruz estaba María co-mártir, herida con las heridas del Herido, crucificada con el Crucificado, atravesada de espada con el Alanceado*».

Las últimas palabras de Nuestro Señor son terribles: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*». De todas las que ha oído, éstas son

las palabras que más hondo repercutieron en su dolorido Corazón... ¡El Padre también le abandona!

¡Misterio insondable! Jesús se siente sin la Divinidad. Se siente solo..., es la falta de la visión beatífica que ha tenido siempre... Viene a sufrir «la pena de daño...», ¡algo inconcebible!

Siente en Sí los pecados de todos los hombres y de todos los tiempos, desde Adán hasta el último nacido en el último día de los siglos: todos los sacrilegios, todas las blasfemias, todas las injusticias, todos los crímenes, todas las impurezas, los pecados todos, y se los hace suyos por amor a los hombres..., y se ve tan detestable, tan condenable, tan repletamente saturado de toda maldad, que no se atreve a llamar Padre a su Eterno Padre... y le dice gritando: «*Eli, Eli, lamá sabactaní...: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*».

Esto que se dice en unas líneas es algo tremendamente espantoso que nosotros no podemos comprender... ¡¡Solo María, la Dolorosa, solo Ella comprendía aquella terrible situación de su Hijo desamparado!! Y nos dice: «*¡Mirad, hijos, si hay dolor semejante al dolor nuestro!...*» (Lm 1, 12).

En la encíclica «*Haurietis aquas*», 36 (de Pío XII), se dice claramente: «*Ya que, por voluntad de Dios, en la*

*De María al pie de la cruz, se nos ha transmitido solo su silencio.
María calla, sufriendo profundamente con su Unigénito y
asociándose con entrañas de madre a su sacrificio.*

realización de la obra de la humana redención, la Santísima Virgen estuvo inseparablemente asociada, unida (indivulsa conjunta), hasta el punto que del amor y dolores de Jesús, íntimamente asociados al amor y dolores de María, ha venido a brotar nuestra salvación, conviene de todo punto que el pueblo cristiano, que ciertamente ha conseguido la vida divina de Cristo por María, una vez tributados al Corazón de Jesús los debidos obsequios, también tribute al Corazón amantísimo de la Madre celeste otras obras de piedad y amor con alma agradecida y expiante».

En el Calvario, junto a la cruz de Jesús, estaba María, su Madre. Estuvo presente a toda la Pasión, asistió al *Ecce homo*, vio a la carne de su carne flagelada, sangrante, coronada de espinas y semidesnuda ante la multitud, vio las convulsiones de su carne sacudida por temblores mortales en la cruz. Oyó el ruido de los martillazos y los insultos: «*Si eres el Hijo de Dios...*»; vio cómo los soldados se repartían sus vestiduras y la túnica que quizá ella misma había tejido. Si San Pablo podía decir: «*llevo sobre mi cuerpo las señales de Cristo*» (Ga 6, 17), ¿qué debería decir María? María es la primera estigmatizada del cristianismo, ha llevado los estigmas invisibles, grabados en el Corazón, como se sabe que ha sucedido después en algunos santos y santas.

Y a Ella se le pidió también que fuera capaz de perdonar. Cuando oyó al Hijo que decía: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34), comprendió lo que el Padre celestial esperaba de ella: que dijese con el Corazón aquellas mismas palabras, «*Padre, perdónales porque no saben*

lo que hacen». Y Ella las dijo: Perdonó. María me perdonó.

De María al pie de la cruz no nos han sido transmitidos gritos y lamentos, como los de las mujeres que le acompañaban durante la subida al Calvario (cfr. Lc 23, 27). Se nos ha transmitido solo su silencio.

Ya ni siquiera le pide a Jesús: «*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*», como le dijo cuando, después de haberlo perdido, lo encontró en el Templo (Lc 2, 48). María calla y, como dice el Vaticano II, «*así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la Víctima que ella misma había engendrado*» (*Lumen gentium*, 58).

Y Jesús ya no dice: «*¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora*» (Jn 2, 4).

AHORA QUE HA LLEGADO SU «HORA», HAY ENTRE ÉL Y SU MADRE ALGO EN COMÚN MUY IMPORTANTE: EL MISMO SUFRIMIENTO. EN AQUELLOS MOMENTOS EXTREMOS, EN QUE TAMBIÉN EL PADRE PARECIÓ DESAPARECER MISTERIOSAMENTE A SU MIRADA DE HOMBRE, TAN SOLO LE QUEDÓ A JESÚS LA MIRADA DE LA MADRE DONDE PODER BUSCAR REFUGIO Y CONSUELO.

Se habían convertido en una sola cosa con el dolor y el pecado de todo el mundo. Jesús, directamente —en cuanto «*víctima de propiciación por los pecados del mundo entero*» (cfr. 1Jn 2, 2)—; María, indirectamente por su doble unión, carnal y espiritual, con el Hijo. Lo que Dios ha unido en un mismo decreto, no lo separará el sufrimiento.

Estar junto a la cruz «de Jesús»

Lo que ocurrió en ese día indica lo que debe suceder cada día: hay que estar al lado de María junto a la cruz de Jesús, como lo hizo el discípulo a quien él amaba.

Estar junto a la cruz «de Jesús». Lo que cuenta no es la propia cruz, sino la de Cristo. No es el sufrir por el sufrir, sino el creer haciendo propio, de este modo, el sufrimiento de Cristo. San Pablo dice que la predicación de la cruz es «*fuerza de Dios y sabiduría de Dios para los llamados*» (cfr. 1Co 1, 18-24) y que el Evangelio es fuerza de Dios «*para todos aquellos que creen*» (cfr. Rm 1, 16).

El signo y la prueba es: tomar la propia cruz y seguir a Jesús (cfr. Mc 8, 34), es participar de sus sufrimientos (Flp 3, 10; Rm 8, 17), estar crucificados con Él (Ga 2, 20), completar, mediante los propios sufrimientos, lo que falta a la Pasión de Cristo (Col 1, 24). Toda la vida del cristiano debe ser, como la de Cristo, un sacrificio vivo (cfr. Rm 12, 1). No se trata solo de un sufrimiento aceptado pasivamente, sino también de un sufrimiento activo, buscado: «*Golpeo mi cuerpo y lo esclavizo*» (1 Co 9, 27).



“...más te amo Yo a ti”

El 31 de octubre la Iglesia celebra la memoria de San Alonso Rodríguez, un santo que se ha ganado merecida fama por la santidad extraordinaria a la que llegó en su trabajo humilde y ordinario de portero en un colegio jesuita.

El P. Molina solía repetir la encantadora conversación, llena de cariño y sencillez, que mantuvo este Santo con la Virgen María. Predicaba:

«A María la llamaba San Alonso Rodríguez “mi Señora, la Virgen María”. Un día le dijo Alonso a la Virgen: “Señora, más te amo yo a Ti que Tú a mí”. Y la Señora le respondió: “Eso no, Alonso, eso no; que más te amo Yo”.

¡Gracias, María..., más me amas Tú! ¡Cómo no me amará María con

ese Corazón formado por Dios para dar a luz a la Divina Misericordia! ¡Qué Corazón el de María!

“Señora, yo te amo más a Ti que Tú a mí”. “Eso no, Alonso; eso no, que Yo te amo más a ti”. ¡Gracias...! ¡Gracias...!

Y desdice los cuadros de María que no tengo en mi casa... ¡No puede ser! Si no los tienen, cómprenlos lo antes posible, pónganlos... Que todos los días, por donde pasen, se encuentren en varios lugares con un retrato de María que les recuerden que tienen una Madre. ¡Háganlo así! No les importe que digan lo que sea. Que con frecuencia mis ojos se topen con un cuadro



San
Alonso
Rodríguez

que me recuerde a mi verdadera Madre.

“Que no, Alonso, que no..., que más te amo Yo”. ¡Oh, Madre mía!, ¿cómo no vas a amarme si tu Corazón ha sido creado por el Padre para ser capaz de dar a luz a esa Verdad toda amor que es el Hijo que, si cabe, me ama más porque de tal palo, tal astilla?

¡Esa es María! Por eso hay que tener en Ella una confianza infinita, ¿sabes lo que significa eso? Si quieres llegar a la santidad, la puerta falsa: María... “Eso no, Alonso... que más te amo Yo a ti”...».

¿Cuál debe ser mi respuesta a tan grande y tierno amor?

Como San Juan Pablo II, debemos decir cada uno de nosotros también: “totus tuus”, todo tuyo y para siempre. Aquella expresión que el Papa nos decía: “Luchando como María y muy juntos a María”, que le repitan siempre: “totus tuus”.

¿Por qué no llevarme a todas partes a la Santísima Virgen? En el pensamiento, en el corazón y, también, en una imagen: su presencia es benéfica. El P. Molina así lo hacía. Tenía en su despacho y en su cuarto una imagen de la Santísima Virgen. Con mucha frecuencia la miraba, con mucha frecuencia le hablaba y, también, la escuchaba. Sentía su presencia y su amor a través de sus imágenes.

El cojo de Calanda

El 27 de abril de 1642 Monseñor Apaolaza, arzobispo de Zaragoza, se pronuncia: *«declaramos que Miguel Juan Pellicer ha recuperado milagrosamente la pierna derecha que antes le había sido amputada; esta restitución no es obra de la naturaleza, ha sido realizada de forma admirable y milagrosa y debe ser registrada como un milagro».* (AASS, julio, t. VI, 120 y Copia literal y auténtica del Proceso y sentencia de calificación, Zaragoza, 1940, 28).

¿Qué había ocurrido?

En 1637, un joven obrero agrícola, Miguel Juan Pellicer, natural de Calanda (Castellón de la Plana, España), sufre un accidente. Una rueda le rompe la pierna derecha y le desbarata la tibia. Ingresado en el hospital de Valencia el 3 de agosto de 1637, a principios de octubre es transferido al hospital de Zaragoza. En vano prueba diferentes remedios para curarse. A finales de octubre dos maestros cirujanos, Diego Millaruelo y Miguel Beltrán, proceden a operar cortando la pierna derecha a la altura de *«cuatro dedos por debajo de la rodilla»*. Un estudiante de cirugía, Juan Lorenzo García, se encarga de recoger la pierna cortada y de enterrarla dignamente en la parte del cementerio del hospital reservada al efecto. En aquel tiempo de fe, el respeto hacia el cuerpo destinado a la resurrección imponía que incluso los restos anatómicos se trataran con piedad.

Miguel acude al Santuario del Pilar, a un kilómetro de distancia aproximadamente, para darle gracias a la Virgen *«por haberle salvado la vida, a fin de poder seguir sirviéndola y manifestándole su*



devoción»; después, le pide insistentemente que le conceda *«poder vivir de su trabajo»*. Para sobrevivir, el joven no halla otra solución que convertirse en mendigo autorizado por el capítulo de los canónigos del Santuario del Pilar.

Miguel asiste todos los días a la Santa Misa del Santuario; cuando termina la ceremonia, se unta el muñón con el aceite de las lámparas que arden permanentemente ante la estatua de Nuestra Señora del Pilar.

A principios de 1640, Miguel emprende el regreso a su comarca natal. Muchos serán los que darán testimonio de haber visto al joven mutilado por los pueblos de los alrededores de Calanda, montado en un borrico, con la pierna claramente cortada, para requerir la caridad de los lugareños.

El 29 de marzo de 1640, duerme en la habitación de sus padres. Entre las diez y media y las once de la noche su padre descubre dos pies fuera de las sábanas: la pierna amputada le ha sido restituida.

Despierta a Miguel, quien dice que *«estaba soñando que se encontraba en la Sagrada Capilla de Nuestra Señora del Pilar y que se estaba untando la pierna cortada con el aceite de una lámpara, como acostumbraba a hacer»*.

Enseguida considera como cierto que es Nuestra Señora del Pilar la que le ha devuelto y recolocado su pierna cortada que había sido enterrada más de dos años antes.

Observándola, se pueden descubrir en ella marcas de autenticidad: la cicatriz que le dejó la rueda del carro que le fracturó la tibia; existe además la huella de la escisión de un gran quiste que tuvo cuando era pequeño; dos profundos arañazos producidos por una planta espinosa y,

finalmente, las huellas de la mordedura de un perro en la pantorrilla.

A partir del amanecer del 30 de marzo, viernes de Pasión y festividad de Nuestra Señora de los Dolores, la increíble noticia se extiende en toda la población. El curado se confiesa y recibe la sagrada Comunión en el transcurso de la Santa Misa de acción de gracias celebrada por el vicario.

Sin embargo, al principio la pierna no tiene buen aspecto: es de color morado, los dedos del pie están encorvados, los músculos se encuentran atrofiados y, sobre todo, su longitud es inferior en algunos centímetros a la de la pierna izquierda. Son necesarios tres días para que la pierna recobre su aspecto normal, con su agilidad y su fuerza. Dichas circunstancias prueban que la pierna restituida es la misma que había sido enterrada dos años y cinco meses antes, a más de cien kilómetros de distancia. De suyo, a pesar de las pesquisas, la pierna enterrada no fue hallada. El hoyo que la contenía estaba vacío.

La familia Pellicer decide ir a darle las gracias a la Virgen del Pilar. El 15 de junio queda oficialmente abierto el proceso canónico en Zaragoza. Más de cien personas de condiciones sociales diferentes toman parte en él. El 27 de abril de 1641, el arzobispo dicta solemnemente su sentencia, declarando *«admirable y milagrosa»* la restitución de la pierna derecha, anteriormente amputada, de la que se ha beneficiado Miguel Juan Pellicer, natural de Calanda.



Ella está siempre presente en mi vida...

SAN ANTONIO MARÍA CLARET
(1807-1870)



«*Ya veis cuánto importa ser devoto de María Santísima. Ella os libraré de males y desgracias de cuerpo y alma. Ella os alcanzará los bienes terrenales y eternos. ...Rezadle el Santo Rosario todos los días con devoción y fervor y veréis cómo María Santísima será vuestra Madre, vuestra abogada, vuestra medianera, vuestra maestra, vuestro todo después de Jesús.*

Ni en mi vida personal, ni en mis andanzas misioneras podía olvidarme de la figura maternal de María. Ella es todo corazón y toda amor. Siempre la he visto como Madre del Hijo amado y esto la hace Madre mía, Madre de la Iglesia, Madre de todos.

Mi relación con María siempre ha sido muy íntima y a la vez cercana y familiar, de gran confianza. Yo me siento formado y modelado en la fragua de su amor de Madre, de su Corazón lleno de ternura y amor. Por eso me siento un instrumento de su maternidad divina. Ella está siempre presente en mi vida y en mi predicación misionera. Para mí, María, su Corazón Inmaculado, ha sido siempre y es mi fuerza, mi guía, mi consuelo, mi modelo, mi Maestra, mi todo después de Jesús».

(San Antonio María Claret)

El extraordinario apóstol de la espiritualidad mariana nació en Sallent, Barcelona (España), en 1807.

Ordenado sacerdote, durante varios años se dedicó a predicar al pueblo por las comarcas de Cataluña y fundó la *Sociedad de Misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de la Virgen María*.

En agosto de 1849 es nombrado arzobispo de Santiago de Cuba, en las Antillas españolas, donde desplegó una actividad admirable por el bien de las almas. A petición del Papa, regresó a España como confesor de la Reina Isabel II. Sufrió las consecuencias de la incompreensión y tuvo que acompañar a la reina al destierro. Participó en el Concilio Vaticano I y murió en Francia en 1870.

Para San Antonio María Claret, en frase de Pío XII, *«todo lo iluminaba como una luz suave la devoción a la Madre de Dios»*.

En una carta escribía: *«Ya sabe que no tengo voluntad propia, soy esclavo de mi señora, María Santísima, y un esclavo no puede tener otra voluntad que la de su Señora a quien sirve»*.

Y en sus «Propósitos» del año 1843: *«Me entrego todo por hijo y sacerdote de María. Ella será mi Madre, Maestra y Directora, y de ella será todo lo que haga y sufra en este ministerio, porque el fruto debe ser de aquella que ha plantado el árbol»*. María libró a San Antonio María Claret de la muerte física en el mar y de la muerte espiritual a causa

de una tentación fortísima contra la castidad.

Había plasmado en su Autobiografía: *«Las primeras ideas de que tengo memoria son que cuando tenía algunos cinco años, estando en la cama, en lugar de dormir, yo siempre he sido muy poco dormilón, pensaba en la eternidad, pensaba siempre, siempre, siempre; yo me figuraba unas distancias enormes, a estas añadía otras y otras y, al ver que no alcanzaba al fin, me estremecía y pensaba: Los que tendrán la desgracia de ir a la eternidad de penas, ¿jamás acabarán el penar, siempre tendrán que sufrir? ¡Sí, siempre, siempre tendrán que penar!*

Esto me daba mucha lástima porque yo, naturalmente, soy muy compasivo. Y esta idea de la eternidad de penas quedó en mí tan grabada que, ya sea por lo cierto que empezó en mí o ya sea por las muchas veces que pensaba en ella, lo cierto es que es lo que más tengo presente. Esta misma idea es la que más me ha hecho y me hace trabajar aún; y me hará trabajar mientras viva en la conversión de los pecadores, en el púlpito, en el confesonario, por medio de libros, estampas, hojas volantes, conversaciones familiares, etc., etc.

[...] Es necesario que corra, que grite. Me digo a mí mismo: Si viera caer a alguien en un pozo, en una hoguera, seguro que me pondría a correr y a gritar para impedir que cayera ¿por qué no iba a hacer lo mismo para impedir que las personas caigan en la hoguera del infierno?».

Por eso estaba convencido de su misión de predicar a María Santísima:

«El sacerdote ha de tener para sí entendimiento y corazón de fiscal y de juez. Para el prójimo, corazón de madre...»

Una madre hace. Una madre sufre. Una madre ruega... Una madre llora... La madre tiene una misión especial que es todo cariño y amor. Ella despierta la inteligencia del hijo... Le hace conocer a su padre y las demás cosas. La madre le enseña a hablar, caminar, le educa y le forma el corazón. La madre alimenta, viste, limpia, cuida de su hijo. La madre llama la atención y el amor del padre sobre el hijo...

Hace el oficio de medianera, misericordia entre el padre y el hijo. El amor de madre es tierno, ingenioso y constante. Cuanto más sacrificios y lágrimas le cuestan los hijos, tanto más los quiere... El amor de la madre no desfallece; cuanto es mayor el peligro, tanto más activo y enérgico e intrépido es... Aborda los peligros, se tira en los incendios, en los ríos y mares para librar a sus hijos. La madre es la mártir de la familia. Ella lleva a su hijo nueve meses en su vientre y después en su corazón diez años, veinte y más...; su hijo estará muy lejos, o misionando o militando, y la madre siempre piensa en su hijo, le ama, ruega por él y de él habla de continuo...». (Escritos Autobiográficos).

Fue canonizado por Pío XII el 7 de mayo de 1950 y celebramos su fiesta el 24 de octubre.



MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la salvación de las almas

Y EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO

Reflexiona la Hna. Lucía, en su libro «Llamadas del mensaje de Fátima», que con la aparición de Nuestra Señora, como la Señora de los Dolores, Dios quiere mostrarnos el valor del sufrimiento, del sacrificio y de la inmolación por amor. Hoy, en el mundo, casi no se quiere oír hablar de estas verdades. De tal manera se vive en busca del placer, de las alegrías vanas y mundanas, de las comodidades exageradas... Pero, cuanto más se huye del sufrimiento, tanto más nos encontramos sumergidos en el mar de las aflicciones, disgustos, amarguras y penas.

La vida trae consigo el martirio de la cruz; no hay nadie en el mundo que no sufra. Heredamos el misterio del dolor como consecuencia del pecado cometido por los primeros padres del género humano: «[...] comiendo del árbol del que te prohibí comer, diciéndote: no comas de él. Por ti será maldita la tierra. Arrancarás el

alimento a costa de penoso trabajo, todos los días de tu vida» (Gn 3, 17). Toda la humanidad quedó sujeta al sufrimiento.

Jesucristo vino a rescatarnos por el sufrimiento; y su Madre compartió esta dolorosísima Pasión como Corredentora, habiéndonos sido dada por Madre a los pies de la cruz. En la manifestación de octubre de 1917, Ella se nos presenta bajo la imagen del dolor. La Iglesia la llama Madre de los Dolores porque en su Corazón sufrió el martirio de Cristo, con Él y aliado de Él. En verdad, es por los méritos de Cristo que todo el sufrimiento tiene valor y nos purifica del pecado. Es pues, en unión con Cristo, que el sufrimiento puede hacer de nosotros víctimas agradables al Padre y santificarnos.

María fue escogida por Dios para ser la Madre de su Hijo, Madre de Jesucristo; y la Madre de su Cuerpo Místico, la Iglesia, que es su generación espiritual. Somos hijos del dolor y de la amargura del Corazón de Jesucristo y del Corazón de su y nuestra Madre.

Es, por eso, que todo el sufrimiento unido al suyo completa nuestra donación y entrega a Dios y coopera hacia la salvación de nuestros hermanos dispersos. Jesús dice: *«Tengo otras ovejas que no son de este redil, a éstas también es necesario que las traiga; y oirán mi voz y formarán un solo rebaño con un solo pastor» (Jn 10, 16).* Para colaborar con Cristo en esta misión, hemos de sufrir, trabajar, orar y amar porque

es por la caridad como atraeremos a nuestros hermanos errantes, como dice el Señor: *«En esto conocerán todos que sois mis discípulos si os tenéis amor entre vosotros» (Jn 13, 35).*

El amor es el imán de atracción de las almas. Por ellas, ofrecemos a Dios nuestros sacrificios, nuestras renunciaciones, nuestras enfermedades, nuestras penas, dolores y angustias físicas y morales. Por ellas, ofrecemos nuestra entera consagración a Dios y es por ellas que nuestra oración se eleva a los pies de su altar. Queremos, pensando en ellas, poder, como Cristo y con Cristo, decir al Padre: *«Cuando estaba con ellos,*

SOMOS HIJOS DEL DOLOR DEL CORAZÓN DE JESUCRISTO Y DEL CORAZÓN DE MARÍA. ES, POR ESO, QUE TODO EL SUFRIMIENTO UNIDO AL SUYO COMPLETA NUESTRA DONACIÓN Y ENTREGA A DIOS Y COOPERA HACIA LA SALVACIÓN DE NUESTROS HERMANOS DISPERSOS.

Yo los guardaba en tu nombre. He guardado a los que me diste y ninguno de ellos se ha perdido, excepto el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura» (Jn 17, 12).

Nos explica el P. Rodrigo Molina:

«El dolor, mi dolor, es participación del dolor de Cristo y el dolor de Cristo es liberador, es resurrección. Para serlo, solo una condición: aceptar a Dios en él.

Jesús crucificado alcanza su plenitud de redención en mí cuando yo acepto instalarme en la cruz.

Que sea nuestro empeño aprender a encontrar a Dios en la cruz. Entonces el dolor, perdida toda su fuerza de desesperación, pasa a ser la vía real de la esperanza, la vía del amor. El dolor se convierte así en sumisión, alabanza, adoración, arrepentimiento, acción de gracias.

El dolor es la experimentación sensible de la lejanía de Dios. El dolor es orfandad de Dios, privación de la vida de Dios. El dolor es el despertador de que mi vida no está en mí y en mis cosas, el mundo que me rodea, sino que está en Dios.

El dolor me libra de la continua tentación de la instalación cómoda en este mundo. El dolor pone en mí continua tensión hacia arriba, hacia lo de Dios, hacia lo de calidad, lo inmarcesible. El dolor me saca de mi egoísmo, del amor desviado hacia mí y autogrecido, de la mundanidad.

La paciencia, el aguante paciente en el dolor por sumisión a Dios, es la virtud humana más grande ante Dios, es la virtud específica del Hombre-Dios del Gólgota, la que satisfizo y reparó el pecado, la que mereció la restauración del hombre y su resurrección.

El Jesús del Gólgota no se apocó ante el dolor, no lloró pusilánime; tampoco adoró el dolor. Jesús trascendió el dolor, fue el dolor para Él instrumento eficaz que demostró que estaba todo entero en su Padre».



CONSÁGRATE A *María*

«**L**a esencia de la consagración a la Inmaculada es ser de Ella ilimitadamente. ¡Cuántas bellezas en estas palabras: “Ser de la Inmaculada”!».
(San Maximiliano Kolbe)

¿Cómo amar más a Jesús y a María, desprendidos de nosotros mismos y del mundo? Vista nuestra impotencia para alcanzar este fin, de dar respuesta a su infinito Amor, a la acción divina, muchos santos nos proponen amar a Jesús con el Corazón de la Virgen. De ahí la conveniencia o, mejor, la necesidad de consagrarnos a Ella, unirnos a Ella, acudir a Ella, para que de la mano nos lleve a Jesús.

El gran día: Entrega a Jesús por medio de Santa María

En estos meses precedentes hemos puesto los medios para enamorarnos de Jesús, para ser ‘cera blanda’... Llega el momento de ponernos filialmente en manos de la Virgen. Deseamos que Ella nos moldee. Incluso mejor, unirnos tanto a María que seamos una prolongación de Ella misma en el mundo hoy. Ella vive a través de los que son suyos.

Pongamos un ejemplo: si se consagra un cáliz, quiere decir que se separa, se excluye de otros usos para dedicarse solo a Dios, a su culto litúrgico. Sería una profanación usarlo como copa para tomar café

con leche. Así nosotros: queremos ser de María, nos consagramos a Ella para que, en nosotros, ame a Jesús y todo su cuerpo místico (todos los hombres redimidos).

Todo pequeño instante (existencia, actividad) en unión con la Inmaculada; y dado que su unión con Jesús y de Jesús con Dios Padre es perfectísima, por consiguiente, a través de la unión con Ella nosotros estamos unidos a Jesús y al Padre celestial.

Esta unión no consiste en el sentimiento, sino que es un acto de la voluntad, emitido una vez y jamás retirado, aunque uno ya no piense en él.

En la práctica, para no crear un contraste con tal consagración, es bueno renovarla a menudo, repitiendo la invocación: “¡María!”.

Sobre el modo de hacerla, San Luis M^o Grignon dice:

«Al concluir las tres semanas se confesarán y comulgarán con la intención de entregarse a Jesucristo en calidad de esclavos de amor por las manos de María. Y después de la comunión recitarán la fórmula de consagración... Es conveniente que la escriban o hagan escribir, si no está impresa, y la firmen ese mismo día.

Conviene también que paguen en ese día algún tributo a Jesucristo y a su Santísima Madre, ya como penitencia por su infidelidad al compromiso bautismal, ya para patentizar su total dependencia de Jesús y de María.

Este tributo, naturalmente, dependerá de la devoción y capacidad de cada uno, como

—por ejemplo— un ayuno, una mortificación, una limosna o un cirio. Pues, aun cuando solo dieran, en homenaje, un alfiler, con tal que lo den de todo corazón, sería bastante para Jesús que solo atiende a la buena voluntad». (cfr. Tratado de la Verdadera Devoción, 231-232)

Conviene renovar todos los años, el mismo día, la consagración, observando estas prácticas previas.

Acto de consagración a la Inmaculada Concepción:

Por razón del espacio, que no permite dar aquí todas las fórmulas consecratorias, dejamos de muestra la de San Maximiliano Kolbe:

«Inmaculada Concepción, Reina del cielo y de la tierra, Refugio de los pecadores y Madre amantísima a quien Dios quiso confiar todo el orden de la misericordia:

Heme aquí a tus pies a mí, N..., pobre pecador.

Te lo suplico, acepta mi ser entero como cosa y propiedad tuya; obra en mí según tu voluntad, en mi alma y en mi cuerpo, en mi vida y mi muerte y mi eternidad.

Dispón ante todo de mí como lo desees, para que se realice finalmente lo que se ha dicho de ti: “*La Mujer aplastará la cabeza de la serpiente*”; y también: “*Tú sola vencerás todas las herejías del mundo entero*”.

Que en tus manos todas puras, tan ricas en misericordia, sea yo instrumento de tu amor capaz de reanimar y de hacer florecer plenamente tantas almas tibias o extraviadas. Así se extenderá sin fin el reino del Corazón Divino de Jesús.

Verdaderamente, tu sola presencia atrae las gracias que convierten y santifican las almas, puesto que la gracia brota del Corazón divino de Jesús sobre todos nosotros pasando por tus manos maternas».

Tienen más consagraciones en: <https://reinadodemaria.org/consagracion-a-la-virgen-maria/>



Rezar el Santo Rosario

ES MIRAR A CRISTO CON LOS OJOS DE MARÍA

De la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*

Nuestra consagración a María es consagración a Jesús. El fin del Reinado de María en este mundo es para que su Hijo Jesús reine en el corazón de todos los hombres. ¡Pero qué fácil es conocer a Jesús de la mano de María! El Rosario es, en frase de San Juan Pablo II, «*compendio del Evangelio*».

En su la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, el Papa polaco nos dice:

«*La espiritualidad cristiana tiene como característica el deber del discípulo de configurarse cada vez más plenamente con su Maestro (cf. Rm 8, 29; Flp 3, 10. 21). La efusión del Espíritu en el Bautismo une al creyente como el sarmiento a la vid, que es Cristo (cf. Jn 15, 5), lo hace miembro de su Cuerpo místico (cf. 1 Co 12, 12; Rm 12, 5). A esta unidad inicial, sin embargo, ha de corresponder un camino de adhesión creciente a Él, que oriente cada vez más el comportamiento*

del discípulo según la 'lógica' de Cristo: "Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo" (Flp 2, 5). Hace falta, según las palabras del Apóstol, "revestirse de Cristo" (cf. Rm 13, 14; Ga 3, 27)». (RVM 15)

Y «*el Rosario, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología. Con él, el pueblo cristiano aprende de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibiendo de las mismas manos de la Madre del Redentor*».

(RVM 1)

«Con el trasfondo de las Avemarías pasan ante los ojos del alma los episodios principales de la vida de Jesucristo. Los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos nos ponen en comunión vital con Jesús a través –podríamos decir– del Corazón de su Madre». (RVM 2)

«Recordar a Cristo con María: El Rosario, con su carácter específico, pertenece a este variado panorama de la oración ‘incesante’; y si la Liturgia, acción de Cristo y de la Iglesia, es acción salvífica por excelencia, el Rosario, en cuanto meditación sobre Cristo con María, es contemplación saludable. En efecto, penetrando de misterio en misterio, en la vida del Redentor, hace que cuanto Él ha realizado y la Liturgia actualiza sea asimilado profundamente y forje la propia existencia». (RVM 13)

El rezo del Santo Rosario nos introduce de modo natural en la vida de Cristo.

«En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo –en compañía de María– este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir ‘amistosa’. Ésta nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como ‘respirar’ sus sentimientos. Acerca de esto dice el Beato Bartolomé Longo: “Como dos amigos, frecuentándose, suelen parecerse también en las costumbres; así nosotros, conversando

familiarmente con Jesús y la Virgen, al meditar los Misterios del Rosario y formando juntos una misma vida de comunión, podemos llegar a ser, en la medida de nuestra pequeñez, parecidos a ellos y aprender de estos eminentes ejemplos el vivir humilde, pobre, escondido, paciente y perfecto”». (RVM 15).

«Una cosa está clara: si la repetición del Ave María se dirige directamente a María, el acto de amor, con Ella y por Ella, se dirige a Jesús. La repetición favorece el deseo de una configuración cada vez más plena con Cristo, verdadero ‘programa’ de la vida cristiana. San Pablo lo ha enunciado con palabras ardientes: “Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia” (Flp 1, 21). Y también: “No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). El Rosario nos ayuda a crecer en esta configuración hasta la meta de la santidad». (RVM 26).

«El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y «nuestra paz» (Ef 2, 14). Quien interioriza el misterio de Cristo –y el Rosario tiende precisamente a eso– aprende el secreto de la paz y hace de ello un proyecto de vida. Además, debido a su carácter meditativo, con la serena sucesión del Ave María, el Rosario ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado (cf.

Jn 14, 27; 20, 21).

Es, además, oración por la paz por la caridad que promueve. Si se recita bien, como verdadera oración meditativa, el Rosario, favoreciendo el encuentro con Cristo en sus misterios, muestra también el rostro de Cristo en los hermanos, especialmente en los que más sufren. ¿Cómo se podría considerar, en los misterios gozosos, el misterio del Niño nacido en Belén sin sentir el deseo de acoger, defender y promover la vida, haciéndose cargo del sufrimiento de los niños en todas las partes del mundo? ¿Cómo podrían seguirse los pasos del Cristo revelador, en los misterios de la luz, sin proponerse el testimonio de sus bienaventuranzas en la vida de cada día? Y ¿cómo contemplar a Cristo cargado con la cruz y crucificado, sin sentir la necesidad de hacerse sus «cireneos» en cada hermano aquejado por el dolor u oprimido por la desesperación? ¿Cómo se podría, en fin, contemplar la gloria de Cristo resucitado y a María coronada como Reina, sin sentir el deseo de hacer este mundo más hermoso, más justo, más cercano al proyecto de Dios?» (RVM 40).



«¡SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO...!»

La Virgen María proclama en el *Magnificat* que Dios es el *Señor*. Ella, como Madre y Maestra, desea que nosotros también consideremos a Dios como nuestro Señor y reconozcamos su dominio sobre nosotros.

¿Por qué Dios es mi Señor?

Porque es mi Creador y yo soy su criatura.

Reflexionemos:

a) Todos —y lo mismo cuanto nos rodea— somos por nuestra naturaleza y origen, criaturas, lo que vale decir que no somos por nosotros mismos, sino por otro y, en último término, por Dios y de Dios en virtud de la creación.

Crear es un acto absolutamente positivo y que requiere poder sumo, acto exclusivamente divino que produce

de la nada un ser; un acto que contiene en sí todo, da todo y opera todo: esencia, existencia, poder, conservación, acto y felicidad. Ser creado, en la dependencia de Dios llevada al extremo, es pertenecerle en absoluto. Tal es el fundamento del soberano dominio de Dios.

b) El ser creado supone un estado que pudiéramos llamar de continua creación. Si Dios retira su mano, caemos al momento en la nada de donde salimos: dejamos de existir. El universo que nos rodea es, en cada instante, la contestación, el eco, el efec-

to de la palabra divina creadora continuamente renovada: «*Hágase, Fiat*». Sin esta palabra, nada ha sido hecho de cuanto existe (cf. Jn 1, 3). Y así siempre y en cada momento, el Creador es nuestro Señor y nuestro Dios.

El fundamento de su soberano dominio siempre es el mismo y se afirma siempre y más íntimamente con nuestra vida y acciones.

«*Reconoce hoy y quede grabado en tu corazón que el Señor es el único Dios, desde lo más alto del cielo hasta lo más profundo de la tierra,*

LA SANTÍSIMA VOLUNTAD DE DIOS ES ASTRO BRILLANTE QUE ESCLARECE NUESTRA VIDA. ¿ES DIOS EL CENTRO DE MI VIDA? ¿ESTÁ MI PENSAMIENTO EN ÉL COMO CENTRO DE MI ALMA, O LATE ALLÍ MI PROPIO YO? ¿ES DIOS EL SOL A CUYO ALREDEDOR GIRA TODO LO MÍO?

y que no hay otro sino Él» (Deut 4, 39).

El soberano dominio de Dios es absoluto, inmenso, ilimitado. Es como el mismo ser de Dios. Mientras Dios es Dios, es Señor de todas las cosas. No puede renunciar a esta cualidad porque pertenece a su esencia. A todo se extiende: exterior, interior, cuerpo, alma, vida, pensamiento, relaciones de todo género, tiempo y eternidad. Nada puede sustraerse a ella, ni allá arriba ni aquí abajo.

Por toda la creación, en el cielo y en la tierra, se oye cantar un eterno y triunfal *Benedicite*:

«¡Alabad al Señor todas sus obras! ¡Alabadlo y bendicidlo por toda la eternidad! ¡Ángeles del Señor, bendicid al Señor! ¡Cielos, bendicid al Señor!... ¡Y tú también, tierra, alabad al Señor! ¡Bendice al Señor y ensálzalo por toda la eternidad! ... ¡Montañas y collados, bendicid al Señor!... ¡Cuanto brota en la tierra, bendice al Señor! ¡Sí, que todo cuanto respira bendiga al Señor!» (Sal. 150).

El soberano dominio de Dios no es opresión. Es benéfico y beatificador. «Ser Señor», para Dios, quiere decir «hacer el bien, enriquecer, regalar, hacer feliz» y esto, para Él, es «amar».

De la propia manera que nada crea por necesidad, sino todo por amor y para dar la felicidad, así solo por amor reina sobre nosotros y nos conduce a esa felicidad como a dichoso fin.

Cuanto más se extiende y fortifica este soberano dominio de Dios, tanto más la criatura gana en dignidad, dicha y poder, como lo estamos viendo en el hombre, en el cristiano, en el santo.

Elevemos, pues, al Señor el corazón lleno de alegría. Nuestra existencia es un *sursum corda* (levantemos el corazón) que arranca el regocijo: contestemos sin cesar con un alegre *habemus ad Dominum* (lo tenemos levantado hacia el Señor), como rezamos en la Santa Misa.

¿Qué consecuencias se deducen de esta verdad fundamental del dominio soberano de Dios?

a) El hombre no es señor de sí mismo. Ya en el Paraíso terrenal había engañado la serpiente al primer hombre: «*Seréis como dioses*» (Gn 3, 5). La propia divinización y adoración —que entrañan la negación absoluta de Dios—, precipitó a Satanás en los infiernos y arrastró a Adán y Eva al pecado y la desgracia. Así, hasta el fin de los días, el demonio busca incesante-

mente perder a los hombres por la soberbia.

El orgullo, la divinización propia, es el eterno carácter del mal espíritu, del enemigo de Dios y de su Cristo.

Cuanto hagamos para guardarnos de este espíritu será poco: ¿Es Dios el centro de mi vida? ¿Está mi pensamiento en Él como centro de mi alma, o late allí mi propio yo? ¿Es Dios el sol a cuyo alrededor todo gira o gira todo alrededor de mí mismo?

b) Debo reconocirme esclavo de Dios. El deber del hombre respecto del soberano dominio de Dios es reconocer esta soberanía, honrarla, someterse a ella y dejarse conducir por ella. Debe cumplir sus preceptos, observar sus deberes de estado, como expresión de la Voluntad de Dios y, humildemente, *filialmente*, aceptar de su mano el bien y el mal, lo agradable y lo desagradable que le sobrevenga permitido por la Divina Voluntad. La santísima Voluntad de Dios es astro brillante que esclarece nuestra vida. Cumplir esta Voluntad, acatar sus planes sobre nosotros: he aquí el más noble deber, el deber único de nuestra peregrinación por la tierra. «*Padre nuestro, ... hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*».

“Todas las obras tienen valor en la caridad”.

(M. M^ª Teresa De Simone)



1-4 Celebración de la Natividad de la Virgen en el Didascalio Santa Teresita del Niño Jesús (Argentina), **5-7** Miembros del Reinado de María en la procesión de la Virgen del Carmen (Santiago - Chile), **8-9** Un grupo de misioneras del Reinado de María visita la Capelina de las Apariciones de Nuestra Señora de Fátima (Portugal), **10-11** Imposición de escapularios a los pacientes del Centro de Rehabilitación de Oropesa (Cusco), **12-13** Jornada mariana con los miembros del Reinado de María y el Hospital Hermana Josefina Serrano en Cusco (Perú).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

